



La Cascada de Giessbach, en Suiza.

De todas las cascadas que hay en Suiza, ninguna es comparable á la de Giessbach. La de Reichenbach tiene aguas mas abundantes; la de Staubbach mas elevacion; la del Rhin es mas imponente y magestuosa: pero ninguna se arroja con tanta gracia, ni forma un cuadro tan pintoresco, tan grato á la vista del viagero. Desde una pradera situada enfrente de la cascada principal, se vé al torrente precipitarse entre la yerba, porque todo el terreno está tapizado de musgo y césped. Los árboles y los arbustos se inclinan sobre las espumosas aguas, y entonces parece que el Giessbach cae del cielo al través de la enramada del bosque. Poco despues el torrente agitado llega al término de su rápido curso, y se pierde en la tersa superficie del lago de Brienz. En uno de sus varios accidentes, la cascada de Giessbach se lanza desde la cresta de una roca saliente, y deja un hueco entre ella y la parte perpendicular del peñasco. Admirable es entonces el paisaje visto al través de aquella gasa transparente, y el aspecto de aquella masa de agua que se precipita con un ruido estrépitoso por encima de la cabeza del viagero admirado. Algunos estrangeros opulentos que han pasado por allí, han hecho iluminar el Giessbach. Por la noche se ponian hachas de viento y se encendian retamas entre la roca y la cascada, lo cual produce un efecto fantástico. Esto, sin embargo, ha ocasionado que las piedras se hayan ennegrecido con el humo y hayan perdido así las hermosas tintas con que la naturaleza las habia decorado. En una noche serena, cuando la luna despidie sus rayos tibios y apacibles en medio de un cielo puro y diáfano, cuando el lago está tranquilo, y cuando todo está silencioso, escepto la voz atronadora de la cascada, no hay nada en el universo que pueda igualar á tan delicioso espectáculo.

Pocos son los viageros que suben desde la cascada de Giessbach al Faulhorn, y sin embargo es una de las escursiones mas agradables que se pueden hacer en los Alpes. Durante mucho tiempo se sigue el curso del torrente, que se toma en el nacimiento y no se abandona hasta su última caída.

Entre el Faulhorn y el Wildgerst, á 2550 metros sobre el nivel del mar, un valle estrecho y sombrío conocido con el nombre de *valle de las perdices de nieve*, se estiende de Occidente á Oriente. Rodeada de montañas sombrías que se elevan verticalmente como muros gi-

gantescos, esta garganta profunda no recibe nunca un rayo de sol; nunca tampoco se derrite completamente la nieve de aquel valle, ni aun en los veranos mas calurosos. Dos lagos solitarios que se deshíen solo durante algunas semanas en el rigor del verano, ocupan el fondo del valle. Negros, inmóviles, inanimados, cubiertos casi siempre de una corteza de hielo ó de una capa de nieve que sus aguas no consiguen derretir, se parecen á los lagos infernales descritos por el Dante. Uno de ellos se llama el Lago de las Brujas, y el otro el de Granizo. Estos lagos son el manantial del torrente de Giessbach. Uno de los ramales sale á flor de tierra del lago de las Brujas, el otro es un arroyo subterráneo que sale del lago del Granizo. El 28 de julio de 1841 no se habia deshelado este lago, y así permaneció todo el año. La temperatura del lago de las Brujas era de 0°, 7, C.; la del Giessbach, al salir del canal subterráneo del lago del Granizo, era de 0°, 8; la de la atmósfera, 5°, 4.

Los dos ramales del torrente de Giessbach, se reunen muy pronto y forman la primera cascada cayendo sobre una de las peñas principales del Faulhorn, llamada en el pais el Tschinnyfeld. Allí recibe el Giessbach varios afluentes y se mete en una hendidura profundísima que separa dos mesetas y no deja mas trecho que el indispensable para el paso del torrente. Al salir de esta hendidura con impetuoso curso, sus aguas se serenán de repente y cruzan un valle reducido, poblado de hayas, arces y pinabetes, cubierto de fresco césped, y sembrado de cabañas que sirven para guardar heno. Parece entonces que el torrente quiere descansar de su curso tumultuoso; tal es la lentitud con que va serpenteando por entre las praderas; pero este reposo dura poco, pues al llegar al extremo del valle, se precipita otra vez de cascada en cascada hasta el lago de Brienz, desde una altura de 500 metros próximamente. Muchas de estas cascadas se ocultan al caer entre el follaje de los árboles, y es difícil seguir constantemente el curso del torrente. Algunos montañeses de aquella comarca lo han hecho, y han dado á cada una de las catorce cascadas principales del Giessbach, el nombre de alguno de los ciudadanos ilustres que han honrado la república de Berna. Son estas:

Bertoldo de Zaehringen, fundador de la ciudad de Berna.

Cuno de Bubenber, arquitecto de la misma.

17 DE FEBRERO DE 1850.

Valo de Gruyeres, que salvó la bandera en la batalla de Schloss-halden.

Los nueve hermanos, que sacrificaron su vida en las aras de la patria.

Ulrico de Erlach, el héroe de la batalla de Donnerbuehl.

Wendschatz, que salvó la bandera en Laubeckstalden.

Rodolfo de Erlach, vencedor de Laupen.

Hans Matter, uno de los héroes inmortales de la batalla de San Jaime.

Nicolás de Scharnachthal, héroe de Granson.

El tesoro Franklin.

Hans de Halwyil.

Adriano de Bubenbergh, el héroe de Morat.

Franz Naegeli, que conquistó el país de Vaud.

El abogado Nicolás Federico Steiger.

De este modo ha consagrado la gratitud del pueblo de Berna á la memoria de estos ciudadanos distinguidos, un monumento inmortal. Mientras las aguas del Giesbach caigan desde la region de las nieves eternas á esos valles habitados por un pueblo libre y feliz, se acordará éste con reconocimiento de los hombres que han labrado su felicidad é independencia. Harto pobre para elevar en honor de ellos columnas de mármol y estatuas de bronce, les ha dedicado un recuerdo que durará tanto como las leyes imperecederas de la naturaleza.

SANTO DOMINGO EL REAL.

(Conclusion.)

Memorias sepulcrales.

Han desaparecido completamente los interesantes sepulcros que en otro tiempo adornaban y enriquecían la iglesia de este ilustre monasterio. Hemos hecho mención del panteón de los Castillas, cegado en la actualidad; ignoramos la época en que fué destruido el sepulcro del caballero Pedro Hurtado, que vino á reposar cerca del mausoleo de Pedro I, cuyo guarda mayor había sido, y en vano hemos buscado el menor rastro de los antiguos monumentos que la piedad de algunas familias consagró á la memoria de sus ascendientes.

No sucede lo mismo en el interior del convento, donde se conservan memorias sepulcrales dignas de ser minuciosamente examinadas.

Sepulcro del rey de Castilla Pedro I, llamado el Cruel.

Cuando en 1569 ocurrió el trágico fin del rey don Pedro en el campamento de Montiel, fué su cuerpo depositado en dicha villa. Refieren algunos autores, que después de haberle cortado la cabeza y enviádola á Sevilla, le colocaron sobre las murallas de Montiel entre unas tablas. Como quiera que sea, ya se deja suponer que el vencedor mas cuidaría de acabar con las fuerzas que acudían á los partidarios de don Pedro y conquistar las fortalezas que poseían, que de enterrar con aparato el cadáver de un hombre generalmente aborrecido.

Por la cláusula 19 del testamento de don Enrique, consta que en el año de 1374 aun existía en Montiel. Disponiase en la misma cláusula que cerca de la espresada villa se fundase un convento, en cuya iglesia y delante del altar mayor había de ser enterrado el cuerpo del rey don Pedro. No habiendo tenido efecto la indicada fundación, fué trasladado aquel á la iglesia de Santiago de la Puebla de Alcocer (1), *sin pompa*, espresa Mariana.

Ninguna otra noticia se conserva hasta que fué traído á Madrid, constando solamente por auténticos manuscritos, que en virtud de una real cédula, espedita por Juan II á petición de la priora doña Constanza, el día 8 de Marzo de 1446 fué entregado al capellan Juan de Silva, por el comendador Gonzalo de Ronda, en la referida iglesia de Santiago como teniente del maestre de Calatrava, el cuerpo del *muy alto* rey don Pedro, colocado en un rico atahud guarnecido de tela de seda bordada de oro y tachonado de menudos clavos de plata.

El día 2 del siguiente Abril, espidió en Avila el rey don Juan otra cédula, á fin de que la capilla real que residía en la Puebla, pasase á Madrid, autorizando competentemente á la priora doña Constanza, para que formase las nuevas constituciones que habían de regir á la mencionada capilla, las cuales el monarca daba por aprobadas y confirmadas en todas sus partes. Componíase esta capilla de cuatro capellanes y un sacristán, é igualmente de un guarda mayor del sepulcro, cargo que siempre desempeñaba un sugeto de calificada nobleza, y dos porteros ó guardas subalternos.

(1) No de san Antonio como dice Quintana.

Estraño es por cierto el aparato con que por estos irrecusables datos aparece rodeada la tumba del rey don Pedro, y á la verdad no comprendemos quién pudo trocar en singular é inusitada ostentación, el primitivo descuido y abandono. Tal vez se destinarian á la fundación de esta capilla los fondos que habían de invertirse en la erección del proyectado convento de Montiel.

Llegó á Madrid el fúnebre cortejo, el día 24 de Marzo del ya citado año de 1446, no 44 como dice Quintana, y fueron colocados los régios despojos bajo las bóvedas de esta santa casa, delante del altar mayor, en un sepulcro labrado á expensas de doña Constanza, y de cuyo mérito hace concebir la mas ventajosa idea la estatua que le decoraba, y que afortunadamente subsiste aunque de la manera que hemos referido. A principios del siglo XVII fué colocado este precioso monumento junto á la pared; primer desatino. Por los años de 1721 estorbaba aun allí á los ignorantes discípulos de don Pedro Ribera, jefe de la escuela llamada churrigueresca, y un arquitecto, que de nobles artes entendía poco, al reedificar una parte de la capilla mayor, estropeó el bello mausoleo, y así como estaba le llevó á la clausura mutilado y perdido. Cuando el señor Llaguno publicó la crónica del rey don Pedro, había desaparecido ya la corona de metal que tenía la estatua en la cabeza, viéndose como al presente los agujeros en que estaba asegurada.

Durante la guerra de la independencia los franceses, ó mas bien los españoles al servicio del intruso José, terminaron la obra por el indicado maestro comenzada, y destruyeron por completo el por tantos títulos interesante sepulcro. Cuando la guerra terminó, existían los huesos del rey don Pedro en una caja de madera de pequeñas dimensiones, con la tapa semicircular, donde los vieron algunas personas fidedignas con quienes hemos hablado sobre el asunto. Fué colocada esta caja, y la que encerraba los restos de don Juan de Castilla, en un hueco de la sala del capitulo, pieza contigua al coro, donde permanecen.

Esta es la historia del sepulcro del rey don Pedro; historia en verdad que tiene bastante analogía con la del soberano cuyas cenizas custodia en su actual reducido espacio.

Sepulcro de don Juan de Castilla, titulado Infante.

Trasladáronse igualmente á la capilla mayor de esta iglesia, los restos del infortunado señor don Juan de Castilla, por la piedad de su hija la inclita priora doña Constanza. Habiendo muerto en la fortaleza de Soria, fué sepultado por mandato de Enrique III, no II como dice Quintana, en la iglesia de san Pedro de aquella ciudad. El monumento que erigió en el monasterio que nos ocupa, la esclarecida priora para colocar los restos de su padre, era de extraordinaria magnificencia. Ocupaba uno de los costados del presbiterio, y el bulto del finado tenía grillos recordando su triste fin. Siguió este sepulcro la misma suerte que el de don Pedro y aun peor, pues ni la estatua se conserva, y era del mismo tiempo y regularmente del mismo artista que la del rey. No insertamos la inscripción que tenía éste sepulcro, porque ademas de no existir, se halla repetida en muchas obras. En 1814, los huesos de don Juan, colocados en una caja igual á la que segun hemos dicho contenía los de su padre, fueron depositados con aquellos en un mismo nicho.

Sepulcro de la priora doña Constanza.

Cerca del testero del coro y á la izquierda del mismo, se vé entregado en la pared un sepulcro de mármol blanco bien conservado, notable no menos que por su buena ejecución, por ser el único que posee Madrid del siglo XV. Consiste principalmente en un sarcófago, cuya longitud, sin contar el vuelo del cornisamento, es de 7 pies y 5/4 con 5 y 2/5 de elevación. En un sencillo basamento sientan seis figuras por el frente y los costados, de las cuales cuatro son alegóricas, en representación de las virtudes que practicó la señora que en este monumento reposa, y las dos restantes, algo mayores que las referidas, tienen alas, ocupan el centro y son tenantes de un escudo con las armas del apellido Castilla (1); timbrado de la divisa de la Jarretière, no rodeándole, como en otros escudos se pone, sino descubierta solamente una parte sobre el jefe, en vez de yelmo ó corona. Dos de las cuatro lindas figuras, que segun hemos dicho representan virtudes, se hallan colocadas á los costados y aparecen de perfil, enteras y casi aisladas, bajo unos bonitos doseletes calados, en los que insiste el cornisamento por sus extremos. Las seis estatuitas merecen atención y estima; viéndose en las actitudes y en el partido de paños aquel estilo de la escuela alemana que se hallaba

(1) Trae de gules de sinople y de plata terciado en banda, con un filete en lo alto de la misma, engulada de dos cabezas de dragón de oro movientes de los ángulos, y acompañada en jefe de un castillo de lo mismo, donado, adunado de azul y en punta de un león de púrpura.

muy generalizado cuando esta obra se hizo: estilo, aunque, no exento de faltas, digno de mucho aprecio.

Ocupando el espacio de un nicho, practicado en la pared, y colocada en el plano de la urna ó sarcófago, hay una estatua yacente, que representa la virtuosa priora de esta santa casa doña Constanza de Castilla, vestida de religiosa. Está ejecutada en mármol con perfección, relativamente á su época, y tiene de longitud algo mas de 6 pies. Entre las manos se descubre un objeto cuyo nombre y uso no son conocidos, del que penden varias cintas, perdidas unas y unidas otras á un libro. Finalmente, en el citado plano hay dos figuritas, que representan, puestas en oración, dos sobrinas de doña Constanza, que fueron religiosas en su tiempo. La altura de estos pequeños bultos es de 15 pulgadas.

En el fondo del nicho, cuyo arco es rebajado, se halla escrita con letras de oro la siguiente inscripción:

AQUI YACE SEPULTADA
LA MUI NOBLE I MUI RELIGIOSA SEÑORA
DOÑA CONSTANZA DE CASTILLA,
HIJA DEL INFANTE DON JUAN,
NIETA DEL REI DON PEDRO.
FUE MONJA PROFESA DE ESTA CASA
I PRIORA DE ELLA MUCHOS AÑOS,
I MURIO AÑO DE CUATROCIENTOS I SETENTA I OCHO (1).

Sobre el arco se ven repetidas y sin exactitud en los colores las armas del apellido Castilla. Es el escudo de madera y muy posterior al curioso monumento, del que puede formar el lector alguna idea, por una lámina que publicó el Semanario (año de 1846, pág. 298), tomando en cuenta que las figuras del sarcófago están menos ligadas que en el original.

Sepulcro de la infanta doña Constanza.

En el lado izquierdo del coro, é inmediato á la pared de la iglesia, hay un nicho, cuya decoración de perspectiva tiene las armas de Castilla y Leon en la parte superior, y el siguiente epitafio en la base:

AQUI. JAZE. LA MUI. ALTA I PODEROSA. SEÑORA.
LA INFANTA. DOÑA. CONSTANZA.
HIA DEL REI DON FERNANDO.
HERMANA. DEL REI DON ALFONSO. EL XI.
TIA DEL REI DON PEDRO.

Observa Quintana que la única hija de Fernando IV y su esposa doña Constanza se llamaba doña Leonor, é infiere que se padeció equivocación al escribir este epitafio, confundiendo el nombre de la madre con el de la hija. El erudito P. Florez dice que si la inscripción fuese original, convendría con Quintana; pero que habiéndose informado, sabía que no existía.

Procedió con mucha ligereza quien dió al respetable P. Florez tan inexacta noticia. El epitafio en cuestion subsiste aun, le hemos visto, le hemos copiado exactamente, y salimos garantes de que se conserva en el mismo estado en que se hallaba cuando escribieron Gil Gonzalez y Quintana.

Es indudable que la hija de Fernando el Emplazado se llamó doña Leonor; lo es igualmente que el epitafio existe; pero la facilidad con que resuelve la duda Quintana, está muy lejos de satisfacerlos. La desgraciada infanta doña Leonor, hija única de Fernando IV de Castilla y esposa de Alfonso IV de Aragón, III entre los condes de Barcelona, después de haber perdido á su buen esposo, y de haber visto morir trágicamente á sus dos hijos don Fernando y don Juan, el primero á manos del rey de Aragón Pedro IV, y el segundo á las del de Castilla Pedro I, fué asesinada en el castillo de Castrojeriz por mandato de su sobrino el citado rey don Pedro de Castilla: en cuyos estados, tan luego como quedó viuda, buscó un asilo que la pusiese á cubierto de las asechanzas de su hijo político el monarca aragonés.

El cronista Francisco Brandan expresa que la indicada reina doña Leonor fué sepultada en el monasterio de *S. Domingo el Real de Madrid*. Bofarull hace mención de un lucillo que habia en el convento de Franciscos de Lérida, antes de la guerra llamada de los Segadores, en el que, según Monfar, se veía el bulto de aquella señora con hábito de religiosa; y por último, en el célebre monasterio de las Huelgas existe un sepulcro que encierra los respetables restos de la misma desventurada doña Leonor.

(1) Davila, Ponz y la lámina del Semanario, ponen unos números romanos que no existen ni han existido jamas.

En primer lugar, el voto del cronista Brandan no tiene toda la fuerza necesaria en este asunto, puesto que al consignar la noticia que en el anterior párrafo hemos insertado, comete la inexactitud de espresar que doña Leonor fué Abadesa de las Huelgas después de la muerte de su esposo. Ninguna persona real ha desempeñado el cargo de Abadesa en aquel insigne monasterio, como prueba el P. Florez. Doña Leonor, antes de contraer matrimonio con el rey de Aragón, fué Señora del citado monasterio, título que, para honrar á tan ilustre casa y asegurar sus propiedades, se concedió sucesivamente á varias infantas, que en realidad eran protectoras. Disimulará el lector esta digresión que hemos hecho con el fin de probar que Brandan no estaba tan enterado en esta materia, como era preciso para dar completo asenso á lo que refiere, si bien tomamos acta de ello.

En cuanto á la estatua de doña Leonor que decoraba el lucillo de Lérida, opinamos que pudo muy bien colocarse en atención á que estaba la de su esposo, cuyo cadáver yacía en aquel monumento, y fué trasladado solo á la catedral vieja, cuando á causa de la terrible guerra de los segadores en tiempo de Felipe IV, quedó arruinado el convento de Franciscos de la mencionada ciudad de Lérida.

Tampoco es difícil que el sepulcro de las Huelgas sea en la actualidad un verdadero cenotafio, pues entre los que le acompañan bajo las bóvedas de aquel venerable cenobio, hay algunos que se deben considerar como tales, según observan Moreno Curiel y Florez. Pero admitiendo que doña Leonor esté en el monasterio que nos ocupa, ¿no es muy chocante que al renovar el inspeccionable epitafio, después de la reedificación del actual coro, en lugar de espresar la reina doña Leonor se pusiese la infanta doña Constanza? Poco probable parece que mientras duró la obra se hubiesen olvidado todos de que era reina y no infanta la señora de que se trata. ¿Y por el contrario si la inscripción que hoy existe es una copia exacta de la que en el antiguo coro se leía? ¿cómo no ha quedado en ninguna obra la menor noticia de esta infanta? Aun suponiendo que hubiese sido habida fuera de matrimonio, debe tenerse presente que los hijos naturales y bastardos de los reyes son conocidos. Ademas el hacer semejante suposición es ultrajar la memoria de don Fernando, porque no hay datos para ello.

Confesamos francamente que después de consultar muchos autores y de haber sometido este trabajo á la censura de personas competentes, nos vemos precisados á dejar la cuestion en el mismo estado en que la hemos hallado.

Sepulcro de la infanta doña Berenguela.

Frontero al enterramiento de doña Constanza, é inmediato al órgano, hay un epitafio que dice:

AQUI YACE LA MUI ALTA I PODEROSA SEÑORA
LA INFANTA DOÑA BERENGUELA,
HIJA DEL REY DON ALONSO
INTITULADO EMPERADOR.

Esta señora fué hija de Alfonso X y de su esposa doña Violante, según hemos dicho en la reseña histórica. Al trasladar su cadáver á una sepultura provisional, con motivo del derribo del antiguo coro, hallaron que se conservaba perfectamente hecho momia, al cabo de trescientos años: el vestido, ricamado de oro, y el calzado no menos rico, permanecían asimismo intactos. La reina doña Ana, cuarta esposa de Felipe II, acompañada de varias señoras de la corte, vió el cadáver de la nieta de San Fernando en presencia de la respetable y numerosa comunidad.

Prueba esta circunstancia que los restos de doña Berenguela existen bajo las bóvedas de esta santa casa, y no en el convento de Santa Clara de la ciudad de Toro, como afirman Salazar de Mendoza en sus dignidades, y Nuñez de Castro en la historia de Guadalajara. Tal vez en un principio sería efectivamente sepultada en dicho convento como fundadora del mismo.

En la capilla de los santos reyes hay á los pies de la iglesia una lápida de mármol negro, con un epitafio escrito en castellano y dedicado á la memoria de Andrés de Rozas, secretario de estado y del despacho universal de Felipe IV y de la esposa del mismo doña Lucía Ortiz, patronos de la mencionada capilla. Al fin de la inscripción se lee:

SOLA VIRTUTIS MONUMENTA MANENT.

Noticia histórica de D. Juan de Castilla

Son tantos y tan estrechos los lazos que unen al monasterio que describimos con los descendientes del rey D. Pedro, que no es posible referir la historia de este venerable convento sin hablar de la familia de los Castillas, de la que fué tronco el infeliz D. Juan. Muchas señoras de su apellido tomaron el hábito en esta casa. D. Pedro de Castilla, nieto de D. Juan, fundó, enriqueció y ennobleció con

preciosas reliquias, una capilla en la iglesia, destinando para enterramiento suyo y de los de su linaje, la bóveda que á la misma correspondía. Por último, D. Pedro Laso de Castilla, hijo del anterior, deseando estar á la vista del insigne monasterio que encerraba las cenizas de su padre á la sombra de los monumentos de su piedad, se estableció en Madrid y edificó la gran casa de la plazuela de la Paja, propia en la actualidad del duque de Osuna y del Infantado.

Cabeza de la espresada familia fué D. Juan de Castilla, cuya historia, aunque ligeramente bosquejada, creemos oportuno insertar, seguros de que agradará al lector.

Consta que fué hijo del rey D. Pedro el Cruel; pero se ignora el nombre de la madre, pues si bien la mayor parte de los historiadores le consideran como hijo de doña Juana de Castro, padecieron grave error, porque no tenía mas apoyo esta opinion que el viciado testamento del rey D. Pedro; y la mayor parte de aquellos autores, incluso el erudito P. Florez no le llegaron á ver. Zurita, habiéndole reconocido, observó que estaba alterado, y el señor Llaguno (1) hizo de él un detenido exámen, y prueba plenamente que el nombre de D. Juan está escrito con diferente forma y tinta que el resto de aquel documento, conociéndose por la torpeza de quien le vició, que el hijo llamado á la sucesión del trono era D. Ferrando; habido en doña Maria de Hineirosa.

Faltos de caudillo los enemigos del rey Enrique II, se valieron de semejante medio para dar algun color de legitimidad á D. Juan. Hallábase éste en Inglaterra haciendo el triste papel que todo príncipe acogido en un país extranjero indispuerto con el gobierno de su patria. Cuando las diferencias entre España é Inglaterra se compusieron, el pobre D. Juan fué entregado por los ingleses á Juan I, quien le encerró en la fortaleza de Soria bajo la custodia de D. Beltran de Eñil, nombrado gobernador de tan importante punto por Enrique II.

Esperaba D. Juan conseguir el trono aprovechándose de nuevas desavenencias que hubo entre España é Inglaterra; y no hallando medio de lograr su libertad, pidió al gobernador la mano de su hija Doña Elvira, á la que sin esto dice, Gratia Dei, estaba aficionado. Accedió á la demanda el severo D. Beltran, porque tal vez no podia pasar ya por otro punto, añade el mismo autor, y doña Elvira, la amable carcelera que tantas veces habia consolado y asistido al infortunado preso, fué su esposa. No se ocultó al suspicaz gobernador el proyecto de D. Juan, y siendo antes súbdito fiel á su rey, que padre, redobló la vigilancia y tomó precauciones en el castillo para evitar la fuga de su nuevo hijo.

En vano doña Elvira se arrojaba á los pies de su padre bañándose con sus lágrimas, en vano se le representaba la seductora perspectiva de un trono para su hija: D. Beltran habia empeñado su palabra, y la perspectiva de un trono y el amargo llanto no servían de otra cosa que de hacer mas pesadas las cadenas que á don Juan aprisionaban. Fruto de este matrimonio fueron D. Pedro y doña Constanza. Algunos autores, entre ellos Lopez de Haro, mencionan otra hija, espresando que fué religiosa. Acabó D. Juan sus dias en la prision, y Enrique III determinó encerrar igualmente á sus hijos; pero la reina doña Catalina, que los amaba y compadecía, vistió al joven D. Pedro de clérigo y se le presentó al rey su esposo en un momento favorable. Accedió el monarca á los deseos de doña Catalina, permitiendo que siguiese en libertad si abrazaba el estado eclesiástico, pues de lo contrario le esperaba la suerte de su padre. Llegó á ser D. Pedro obispo de Osma durante la regencia de doña Catalina; y en 1440, Juan II le trasladó á la silla de Palencia. No fué su conducta correspondiente al respetable estado que abrazó contra su voluntad.

Lo contrario sucedió con su hermana Doña Constanza, en quien la política nada tuvo que violentar al imponerla el hábito de religiosa en este monasterio, que ilustró con el ejemplo de su larga y santa vida, segun hemos dicho en la reseña histórica.

Sentimos tenernos que separar en un todo del artículo que se publicó en el Semanario Pintoresco el día 20 de setiembre de 1846, porque su autor es un sugeto de mérito dotado de relevantes cualidades.

Tradición.

Muchas son las tradiciones que se conservan relativas á esta casa, y de ninguna podemos ocuparnos en obsequio de la brevedad, si se exceptúa una que atañe al rey D. Pedro.

Dos inscripciones subsisten grabadas en las piedras de este vetusto edificio. La primera se vé á la derecha de la porteria cubierta en parte con una escalera; y la segunda está en el portal de la casa núm. 6, á la izquierda de la entrada. Ambas inscripciones tenían relacion con

(1) Véanse las notas de los Sres. Llaguno y Herasilla al fin de la crónica del rey D. Pedro, publicada en 1779.

una cruz colocada hasta los últimos años poco mas abajo de la indicada porteria.

Cuentan que el rey D. Pedro asesinó á un eclesiástico en el sitio donde estaba la Cruz, y al morir pronunció las palabras que en dichas piedras se hallan escritas, desde muy antiguo, aunque renovadas por el deterioro del granito.

Lo que en esto debe haber es lo siguiente: queriendo el rey don Pedro violar la clausura en el monasterio de religiosas cistercienses de San Clemente de Sevilla, se opuso á ello el diácono que estaba revestido para cantar el Evangelio, y el rey le asesinó. Añade á esto la tradicion que la sombra del diácono, mejor dicho, el diácono mismo, se apareció al Rey cuando en el silencio de la noche pasaba por delante del convento de Santo Domingo de Madrid, y le dijo lo que en la piedra de la porteria pone. Entonces D. Pedro recordó las palabras que el diácono pronunció al espirar, y se reducen al letrero de la casa núm. 6.

Esto es lo que aparece conciliando la tradicion madrileña con lo que espresa al fin de la obra el autor de la historia del rey D. Pedro, publicada en Sevilla, año de 1847.

Conclusion.

Terminamos esta memoria espresando que en el interior del convento hay un claustro cuadrado, hecho segun el estilo del tiempo de Felipe IV, con varios arcos en cada banda, sostenidos por columnas de granito. Forman el pavimento grandes losas de piedra caliza, llamada comunmente de colmenar.

Entre las muchas muestras de aprecio que el Ayuntamiento de la M. N. y Coronada villa ha dispensado á esta santa casa, debe citarse que celebraba en ella las honras de los Reyes, haciendo alguna indemnización siempre que las costeaba en otra iglesia, como sucedió en 1829 cuando falleció la reina doña Maria Josefa Amalia. Correspondia el convento á las distinciones con que le honraba el respetable concejo, admitiendo sin dote alguno á las hijas de los corregidores que tomaban el hábito de religiosas.

Referida la historia y hecha la descripción del insigne monasterio de Santo Domingo el Real, omitimos toda clase de reflexiones: el lector dirá si un monumento que tales recuerdos ofrece y tantos primores encierra debe ser cuidadosamente conservado.

JOSE MARIA DE EGUREN.

DESAFIO CÉLEBRE.

(Conclusion.)

CARTELES.

«Notorio sea á todos los caballeros hijos-dalgo de esta ciudad de Zamora, como ha venido á mi noticia la diferencia que tuvo el señor Diego de Mazariegos con Francisco de Monsalve mi señor y padre, y que por sus muchos años, flaqueza y enfermedades, él no habia podido defender su persona, ni poner esta diferencia en estado cual convenia á su honra; y yo, como obligado á ello, he venido desde Grecia á tratarla y ponerla en razon y para ello le escribí llegado que fui una carta del tenor siguiente:—Aquí se copiaba la carta dicha arriba y continuaba el cartel.—Y habiéndola recibido el señor Diego de Mazariegos, no solo no cumplió como caballero lo que por ella se le pedia y suplicaba y estaba obligado á hacer y satisfacer, mas por su causa, y acaso por su orden se ha dado dello noticia á la justicia para que prendiendo mi persona se impida la satisfaccion que Dios permite se haga, porque semejante sin razon no quede sin castigo; pero el señor Diego de Mazariegos olvidado de sus antiguas obligaciones y valor, y temeroso de su consecuencia, no ha querido poner su persona donde se tratase el negocio y se vea que fué demasiado atrevimiento y temeridad el poner las manos en un pobre y desvalido anciano. Y para que á Zamora y al mundo conste que en esta causa no es mi fin proceder con ventajas ni demasías, sino con toda igualdad de persona armas y lugar, protesto que en cualquiera que el señor Diego de Mazariegos quiera verse conmigo, lo haré solo con que de ello me dé noticia respondiendo á este cartel dentro de dos meses, contados desde hoy, avisándome á la ciudad de Miranda del reino de Portugal, á donde voy á residir para esperar la dicha respuesta, ó sino quisiere mandarla fige carteles en Zamora en los lugares de costumbre ó mándelos poner en Miranda, si es que no quisiere entenderse conmigo por escrito; y declaro como caballero á quien han quitado la honra y muértole á su padre, que en pasando los dos meses y no haya respondido el señor Diego de Mazariegos, me satisfaré de tanto agravio de la suerte posible, con armas arrojadas, ó aventajadas,

ó de fuego, ó de cualquier manera, aunque sea con tósigo ó ponzoña, indigna cosa de poner en memoria de hombres.»

Y estos carteles así puestos en los lugares mas públicos de Zamora dieron lugar á grandes discursos, pero no respondia Mazariegos y todos esperaban que trascurridos los dos meses, Monsalve, justamente irritado, tomase una cruel venganza. Sucedió que no se hicieron esperar nuevos lances, pues como pasara el plazo señalado sin que apareciesen carteles, llegó el domingo de Ramos y estando la justicia en la procesion, se pregonó á vista de todos por pregon público, que cualquiera persona que diese noticia á Diego de Monsalve del paradero de la persona de Diego de Mazariegos en parte donde él pudiese hablalle, le darian á la tal persona 100 ducados de albricias, los cuales pagaria y daria luego Gregorio de Sotelo vecino de Zamora y residente en ella. Dado este pregon á vista de toda la ciudad, el pregonero y otros tres que le acompañaban en muy buenos caballos y armas, se salieron de la ciudad y se fueron la vuelta de Portugal sin que nadie se atreviese á seguirlos. Prendió luego la justicia á Gregorio de Sotelo contenido en el pregon, y tomándole su confesion juró y dijo no haber sabido cosa alguna del dicho pregon, pero que él se tenia por tan amigo de Diego de Monsalve, que daria los dichos 100 ducados á la persona que habiendo cumplido con él, le trujese cédula suya. Con esto encerraron á Sotelo y conoció la justicia por su atrevida respuesta, que la parcialidad de Monsalve estaba dispuesta á llevar adelante una cruel venganza que pondria espanto y temor á cuantos andaban allegados á Mazariegos. Vivía al lado de la casa de este un amigo de Monsalve, y como la justicia observase que trascurrían algunos dias sin que se abriesen las puertas de la casa, se presentó de improviso, mandó derribarlas y no hallaron otra cosa sino azadones, picos y esportillas y mucha tierra sacada de una mina que se practicaba con direccion á la casa de Mazariegos; y con esto empezóse luego á publicar que querian volar la casa con pólvora y á los que estaban dentro della; esto puso tanto temor y miedo en los corazones de Diego de Mazariegos y sus valedores, que le pasaron por mas seguridad de todos, al monasterio de san Benito de la dicha ciudad, y era tanto el atrevimiento, la desesperacion y coraje de Monsalve, que con sus tres compañeros se fué á la iglesia del dicho monasterio cerca del medio dia, y subió por las rejillas arriba en busca de su contrario, y anduvo todo el convento y celdas de una en una. Pero como los frailes sintieron lo que pasaba, le pusieron de pronto un hábito y le sacaron por una puerta secreta, y cuando los cuatro camaradas vieron que no estaba en el convento se salieron y amparados de muchos deudos, pasaron de unas calles en otras hasta esconderse donde nadie daba con ellos. Hacíanse mil discursos no sabiendo nadie á qué achacar el miedo de Mazariegos, tanto mas siendo un tan esforzado caballero, y crecían las diferencias y aumentábanse los bandos, no pasando dia sin que en las calles y plazas no hubiese algun choque entre unos y otros sin que ni la justicia, ni muchas personas de respeto pudiesen impedirlo. Quien mas cuidado ponía en esto era don Hernando de Toledo, gran prior de la orden de san Juan que allí residia, y desesperado de que todos los caminos que habia intentado le habian salido mal, se resolvió de escribir una carta á Bernardo de Sotelo, comendador de su orden, que era uno de los tres camaradas de Monsalve y que con él estaba ya en la ciudad de Miranda de Portugal, por la cual carta le pedia que se llegase á Zamora á hablarle, mandándole cierto seguro en que le daba palabra como caballero hijo-dalgo que no le seria hecha molestia de la justicia, sino que le volveria á poner en salvo en la dicha ciudad de Miranda. Vista por Bernardo de Sotelo la carta del gran prior, se vino luego á Zamora debajo del seguro que por ella le daba, y hablando con don Hernando en este negocio, le dijo éste qué medio podria haber para que cesasen tantos movimientos como habia en la ciudad, á lo cual respondió Bernardo de Sotelo que el medio que seria bastante, era que el señor Diego de Mazariegos se saliese á matar con Diego de Monsalve y que no podia haber otra salida. No será razon dijo el prior, que por una necesidad hecha por Mazariegos quiera Diego de Monsalve procurar matarle: yo haré que Mazariegos se le rinda públicamente y con esto ha de quedar acabado este negocio, si vos señor Bernardo de Sotelo tratáis de acabar con Monsalve que se dé por satisfecho. Yo lo acabaré así y prometo que no se pondrán las manos sobre Monsalve, pero ha de ser saliendo al campo con armas donde las ha de rendir. ¿Y qué seguridad puede haber en eso? dijo el prior. Saber quién es Monsalve respondió Sotelo, que no pondrá las manos en un rendido, pues es gran caballero y cuando faltare á su obligacion, yo me hallaré presente y mataré á Diego de Monsalve. Pues señor Bernardo, de Sotelo, ordenad vos, dijo el prior, cómo se ha de hacer esto: yo pensaré esta noche, repuso Sotelo y vendré por la mañana á avisar á V. S. de lo que hubiere acordado y me pareciere. A otro dia de mañana fué Sotelo á ver al prior y le dijo: yo he pensado en el negocio y me ha parecido que por auto de justicia se provea de curador el sepulcro de Francisco de Monsalve y que á él se rinda el señor Diego de Ma-

zariegos, diciendo que se atrevió á darle de golpes con una caña por verle viejo, sin fuerzas y sin armas, y que si las trajera ó pudiera traer, no solo no lo hiciera mas ni se atreviera á imaginarlo; y que ahora que sabia que de sus cenizas habia salido un hijo suyo de tal nombre que con las armas en la mano representaba el valor de su padre, que por sus años enfermedades y dolores estaba en él tan amortiguado cuanto estaba resucitado en el señor Diego de Monsalve su hijo; y que sabia que no podia haber en el mundo, ni alcanzar lugar seguro del dicho señor Diego de Monsalve donde amparar la vida, por tanto que él le rendia su espada en aquel sepulcro do yacia y le pedia perdon de su temerario y loco atrevimiento, confesando como confesaba todas las cosas arriba dichas y hechas contra razon y faltando en ellas á lo que debia á caballero por los respetos dichos. Accedió á todo el prior y proveyeron por curador del sepulcro, con autoridad de la justicia y toda la solemnidad necesaria, á Bernardo de Sotelo, y como tal curador recibió la espada desnuda de mano de Mazariegos, habiendo dicho y confesado todo lo arriba convenido.

Todo lo cual pasó en el monasterio de santo Domingo de Zamora sobre el sepulcro de Francisco de Monsalve delante de toda la justicia y ciudad y muchos forasteros que por curiosidad y favor habian venido á ver el fin de esta diferencia. Dióse á Bernardo de Sotelo un testimonio signado de escribano público de todo lo referido, juntamente con el auto de la curaduría y rendimiento de la espada y Diego de Mazariegos le dió una carta para Diego de Monsalve en nombre de Francisco de Monsalve su padre en que le pedia y mandaba fuese amigo del señor Diego de Mazariegos y le sirviese y ayudase en toda cosa como amigo que era suyo. De todo lo que pasaba en Zamora no sabia nada Monsalve, ni nadie se lo osaba decir, porque creían no vendria jamás en ningun género de trato con Diego de Mazariegos porque estaba resuelto á venir con él á batalla, y si esto no podia procurar matarle por el camino que le fuese posible. Llegó á Miranda Sotelo y dijo á su amigo que Diego de Mazariegos queria mantenerle el campo con una espada y daga en calzas y camisa (1) el dia siguiente en el campo de la verdad estramuros de la ciudad donde estaba hecha una estacada para el efecto, y queria sacar por sus padrinos al gran prior de san Juan y á D. Hernando Enriquez su sobrino, que despues fué conde de Alba de Liste. Recibió notable alegría de esta nueva Diego de Monsalve, pareciéndole que era llegada la hora de satisfacer la honra de su padre ó morir en la demanda, y así se partió otro dia muy gallardo lleno de plumas y botones en compañía de sus camaradas, á quienes tambien Sotelo habia llamado lo que iba á suceder en el campo.

« Llegados á él los cuatro, escogió Monsalve por padrinos á Alvaro de Rosa, y á Bernardo Sotelo, y adelantándose hallaron en el puesto á Diego de Mazariegos con sus padrinos, y habiéndose todos saludado muy cortesmente, llegaron á reconocer á Monsalve, que venia en camisa, con un boemio de mantas muy bordado. Los padrinos de Monsalve reconocieron á Mazariegos, y hallándoles iguales en armas les partieron el sol, y se retiraron á fuera, que estaban los campos llenos de gente, naturales y forasteros, y era tan grande la atencion y silencio que no parecia habia nadie en ellos. Cuando les hicieron la seña de la batalla, echó mano á su espada y daga Diego de Monsalve, y como quien mas lo deseaba se comenzó á ir con gentil y gallardo semblante á su contrario, el cual le dijo antes que echase mano á su espada y daga: suplico á vuestra merced lea este papel antes que pásemos á delante. Diego de Monsalve lo tomó y se apartó á un lado y habiéndole leído dijo: señor Diego de Mazariegos, aqui habla mi padre pero á vuestra merced cúmplesle pelear como caballero porque uno de los dos ha de quedar por bueno en este campo. Entonces, echó mano á su espada Diego de Mazariegos, y tomándola por la punta dijo: suplico á vuestra merced señor Diego de Monsalve, tome esta espada y haya misericordia de mí como de su rendido: entonces, Monsalve la tomó por la guarnicion y la lamjó con la lengua por entrambos filos desde la guarnicion á la punta y dijo en voz que todos lo oyeron: doy muchas gracias á Dios que ha traído á vuestra merced á este conocimiento; viva vuestra merced en paz desde hoy en adelante, y si alguno le agraviase aviseme vuestra merced que yo le desagaviare y satisfaré á todo mi poder, y metiendo su daga en su vaina se quedó con entrambas espadas en las manos, y Mazariegos los brazos cruzados sobre el pecho y la vista al suelo, que presentaba todo el mas extraordinario espectáculo que ha habido en España; y así quedaron todos maravillados del valor y valentia del uno y del poco ánimo del otro. Llegó luego D. Enrique Enriquez á pedir á Monsalve la espada rendida y presentándole esta la suya, dijo: con ésta mia serviré yo á V. S. que ésta del señor Diego de Mazariegos fuera de mi poder no tendrá ningun valor de aqui adelante. Pesóle mucho á Enriquez se le hubiese negado la espada, y respondió: para eso mejor es la mia. A lo que replicó Mon-

(1) De mallá.

salve: eso hasta ahora está por averiguar; pero en parte está V. S. donde podrá salir de duda si quisiere, los cuales altercados cortó el prior D. Hernando poniéndose en medio y reprendiendo á Enriquez lo mal que hacia en enojar á Monsalve cuando todos procuraban contentarle para atajar tantas disensiones como habia en aquella ciudad y haciéndole que se abrazasen los sacó del campo con gran solemnidad y acompañamiento hasta la casa de Diego de Monsalve y en llegando á ella cogió el prior la espada de Mazariegos y colgola de un escudo que habia sobre la puerta, en cuyo sitio estuvo muchos dias sin que nadie se atreviese á quitarla hasta que Monsalve salió de Zamora, y fué la justicia y la descolgó, y despues Bernardo de Sotelo siguió pleito por ella á nombre de Monsalve y la cobró por la chancilleria de Valladolid y la guardó muchos años hasta que despues de casado Monsalve y con muchos hijos se la volvió á entregar en Toro

donde ahora la tiene su hijo mayor y yo la he visto. Han presumido algunos que una espada que tienen los Monsalves en el blason de sus armas es ésta, lo cual es falso porque antes la traian sus antepasados; verdad es que tuvo licencia del emperador Carlos V para poderla poner en sus armas, pero nunca quiso usar de ella por ciertos respetos.»

«De esta manera tuvo fin esta tan pesada pendencia en cuya duracion hizo Monsalve muchas cosas muy notables, andando en busca de su contrario muchas partes de España, engañado por falsos avisos. Aconsejarónle sus deudos y amigos no viviese en Zamora y así se casó en Toro donde fué muchas veces Mazariegos á ser su huésped, y fué honrado y así mismo por todos los caballeros de aquella ciudad que estimaron las grandes virtudes y merecimientos de Diego de Monsalve, honra de los caballeros españoles.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

II.

Desque el forastero
De allí se partió,
Apenas semanas
Pasáronse dos:
Ni á oírse en aquellos
Contornos volvió
Noticia del jóven;
Ni tardo pastor
Que el ato de noche
Al pueblo tornó:
Ni el guarda del campo
Mas madrugador
Volvio á oír el paso
Del potro veloz,
Que al irse de todos
Fué la admiracion.
De el soto le vieron
Salir: con vigor
Increible vieron
Que á escape subió
La cuesta postrera
De las que en redor
Circundan el valle
Do yace hasta hoy
La aldea escondida:
Y desde el peñon
Donde el arquitecto
La iglesia fundó
Le vió el campanero
Como exhalacion
Tomar el camino
De Burgos, en pos
De si nube densa
Dejando el bridon
De polvo, entre cuyas
Sombras se perdió:
Como una evocada
Lejana vision
Que se hunde en las ondas
De espeso vapor.
La luna entre nubes
Velada alumbra,
La tierra á intervalos
Con tibio fulgor,
En noche cargada
Que á un dia siguió
De esos que nublados
Amasa el calor.
Pesado está el aire:
Todo á su impresion
Perezosa en lento
Letargo cayó.
La brisa no mece
Ni rama ni flor:
No suena en los sauces
Ni arrullo ni voz
Tórtola acuitada,
Pardo ruiseñor.
Todo en torno calla,
Y solo su son
Monótono lleva
Un murmurador

Arroyo, que cruza
Por la poblacion,
Y baja desde ella
Por cáuce que abrió,
A dar del palacio
En frente al porton
En un ancho estanque
Que allí se cavó.
Este vuelve á darle
Su curso y su son
Por el lado opuesto
A aquel por do entró:
Y el arroyo hinchendo
De verde frescor
El soto, se pierde
Libre y jugueton,
De los altos olmos
En el espesor.
Al sueño, cansado,
En paz se entregó
El pueblo: no brilla
De luz resplandor
Por entre los vidrios
De reja ó balcon,
Mas que la del mustio
Perenne farol
Que alumbra devoto
La iglesia de Dios.
De su torre gótica

Con ronco clamor
Dió once campanadas
Moderno reló:
Cuando al pié del pardo
Fuerte murallon
Que el viejo palacio
Cerca en derredor,
Y bajo la reja
Por donde cayó
El ramo de flores
Delante el troton
Del jóven viajero
Cuando se partió:
Alzó repentino
Delectable son
Vihuela punteada
Con diestro primor;
Y á poco á sus tonos
Concertada voz
Así entre la sombra
Nocturna cantó.

«Flor-del-Alba que con ella
«Compites en resplandor,
«Y á la lumbre que destella,
«Como tú tan pura y bella
«No halla en la tierra otra flor.
«Tu lecho de flores deja
«Mira que el alba refleja



«Desvelate ¡oh flor!
Que llama á tu reja
La voz del amor.»
Tus hojas abre y dá al viento
Su perfume embriagador
Para que en él tome aliento
Quien no tiene otro alimento
«Ni otro ambiente que tu amor.
Mira que el alba refleja:
Tu lecho de flores deja
Desvelate, ¡oh flor!
Que llama á tu reja
La voz del amor.»

Con estas palabras
Gallando la voz
El aire á lo lejos
Sus ecos ahogó,
Quedando en silencio
Y en sombra en redor
El campo como antes
De aquella canción.
A poco en el muro
Confuso rumor
De hierro y vidrieras
Movidas se oyó:
Y hallando la luna
Un roto girón
Que en medio una nube
El viento rasgó,
Vertió repentino
Fugaz resplandor.
Su tibio reflejo
El muro alumbró
A par alumbrando
La escena de amor;
Que arriba en la reja
Patente se vió
El rostro de un ángel,
Y abajo al cantor
Contemplando inmóvil
La blanca visión.
Allí Flor-del-Alba
Que su reja abrió:
Aquí Tellez, ciego
Por ella de amor.
Aquí él á quien trajo
Su ardiente pasión:
Allí ella que amante
Su vuelta esperó.
Tal vez uno á otro
Tendían los dos
Los brazos amantes;
Y acaso la voz
De entrambos buscaba
La frase mejor
Que á ser alcanzara
Del alma expresión,
Cuando vaga sombra
La esquina dobló
Viniendo hacia Tellez
Con paso veloz.
La reja al sentirle
La niña cerró:
La luna á embozarse
Con nubes volvió
Sombreado del campo
La muda extensión:
Y el mozo mostrando
Un noble valor
El paso al que viene
Sereno atajó,
Los dos entablando
Tal conversacion.
—«¿Quién vá?»—dijo el mozo.
Y el otro:—«Yo voy.»
—¿Quién sois?
—Os pregunto
Lo mismo yo á vos.
—Soy..... un caballero.
—Yo también lo soy.
—Yo D. Pedro Tellez.
—Y yo D. León
De Alba.
—¡Vos!
—Sin duda.
—¡Un Alba! ¡Gran Dios!
¿Qué es esto?
—Un misterio
Cuya explicación
Pronto en este punto

A daros estoy.
—Hablad.
De mis pasos
Venís en pos,
Que siempre estaremos
A solas mejor.
Y echando hacia un lado
El muro dejó.
Siguió D. Pedro,
En su corazón
Sintiendo á aquel hombre
Secreto pavor.
Debajo de un ancho
Froncoso lloron
Del soto en lo oscuro
Aquel se sentó.
Don Pedro imitóle,
Y el otro con voz
Severa le dijo:
Prestadme atención.

—«Murió nuestro buen rey Carlos segundo
Dejando de sus reinos la opulencia
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia
Le costó guerrear con medio mundo.
Los nobles españoles
En bandos se partieron
Según que los derechos concibieron
De pretendientes varios
Que de la Francia amigos ó contrarios
El trono Hispano á disputar salieron.
Pues entre estas familias divididas
Dieron al fin por su opinión sus vidas;
Dos hubo nobles que partiendo tierra,
El feudo y amistad que las unía
Cambiaron con furor en saña impía.
Mas bien que por defensa de sus reyes
Mas que por sus derechos.
Y por salir por las antiguas leyes
Del suelo pátrio, su bandera alzaron
Por ir á hincar en los contrarios pechos
Las aguzadas lanzas que empuñaron.
La que por Don Felipe alzó banderas,
Siempre amparada por mejor fortuna,
De la contraria raza por do quiera
Las vidas fué segando una por una.
De la otra en recompensa
De sus servicios derramó la inmensa
Riqueza reunida
Del último heredero que restaba
En la por ellos siempre perseguida
Persona errante y misteriosa vida.
El deudo y parentesco que ligaba
A ambas á dos familias comprobaron,
Y de aquesta manera
De enemiga fortuna venidera
La hacienda en una de las dos juntaron.
Reinó por fin en paz Felipe quinto
Y la familia aquella vencedora
Que fuera en esta malhadada lucha,
Siempre fué noble por su honor é instinto
Con el rey alcanzó privanza mucha,
Y todavía la conserva ahora.
Pero de la otra raza que vencida
Fué por la suya, un individuo solo,
Un mancebo no mas quedó con vida.
Mas proscrito, sin resto de esperanza
De cuanto hubo en la tierra despojado,
Fuese á América huyendo despechado
Cual de la proserpción, de la venganza
Del enemigo bando encarnizado.
Allí arrastró su misera existencia
Con inconstante y desigual fortuna,
Ya en triste medianía ó indigencia:
Hasta que en fin tranquilizada España,
De los bandos distintos
Licenciada por fin la inútil tropa,
Y aplacada por fin la antigua saña,
A España dió la vuelta, y viento en popa
Ancló en el mar que á Barcelona baña.
Ahora bien, entendid, don Pedro Tellez:
Las familias rivales
Son las nuestras: entonces y hasta el día
Los destinos fatales
Fueron, y sin piedad para la mía.
Conozco bien que vos, mancebo apenas
De cinco lustros, de la guerra impía
Parte no fuisteis; pero todavía
Vuestro padre, que es causa de mis penas,
De la contienda instigador primero,
Vive, y no puede la de su heredero

Mezclarse con la sangre de mis venas.
Mi casa os di: su hospitalario techo
Buena ofreció ocasión á mi venganza:
Os condujo el infierno: mas no avanza
A tan baja traición mi noble pecho;
Mas que nunca, don Pedro, se os olvide
Que un mar de hirviendo sangre nos divide.
Hé aquí todo el misterio de mi casa;
Hé aquí mi historia entera.
Y ahora que conocéis mi verdadera
Posición, á estas rondas poned tasa,
Y á la honra de ambos con mejor manera
Arreglad la conducta venidera.»

Y así concluyendo
Con tal relación
El viejo, el camino
Que trajo tomó.
Cual sombra movible
De una aparición
Que en humo al tornarse
Con hondo terror
Nos huela el medroso
Mortal corazón:
Así la del viejo
Desapareció
En la que trazaba
Su vieja mansión.
Con ojos absortos,
Con mudo dolor,
Partir y perderse
Don Pedro le vió.
Y en vano quisiera
Con resolución
El paso atajarle,
Correr de él en pos
Y exigir completa
Nueva explicación:
Negaban sus fauces
El paso á la voz:
Inerte, embargada,
Sentía la acción.
Y así, bajo el peso
Del secreto atroz
Que el viejo en su historia
Le patentizó,
Quedó anonadado,
Sin ira y valor,
Y á solas el triste
Con su corazón.

III.

En círculo eterno
Con giro infernal,
Su pecho colmando
De angustia y afán,
Formando en su mente
Eterna espiral,
Que acaba do empieza,
Y vuelve á empezar;
Y turba y marea
Y rueda tenaz
En mágico círculo
Que vértigos dá,
Del mozo en la mente
Comienzan á dar
Las negras ideas
Que crea en su mal,
Mil vueltas que al cabo
Confundenle mas.
La historia es del viejo
Terrible verdad:
De sangre fermenta
Entre ambos un mar.
Lejos tantos años
Del suelo natal,
Lo supo él tan solo
De oírlo contar.
El, rico de ciencia,
Campeón de la paz,
Que vé de la vida
En el campo herial
Tan solo una flor
Fecunda no más,
La flor que produce
La fé conyugal.
La paz del tranquilo
Doméstico hogar.
El que por do quiera
Buscándola vá,

Que deja por solo
Su aroma gozar
Riquezas, honores,
Privanza real,
Y cuanto en el mundo
Se puede envidiar:
El que huye dejando
princesa imperial,
por no ver en ella
La felicidad:
Que vé de su dicha
La flor ideal
Fragante á sus plantas
Su tallo elevar
Y á asirla se mira
Tan próximo yá
¡Ay! vé que es solo ésta
La flor celestial
Que al campo en que arraiga
No puede arrancar.
Del viejo ofendido
Calcula además
La altiva y heróica
Generosidad.
Si; el triste á una aldea
Se vino á llorar,
Su sangre vertida
Su hurtado caudal;
Su dicha con que otras
Gozándose están.
Y cuando podía
Venganza tomar
Pues á él á sus manos
Le trajo Satán,
(Como él se lo dijo
Con harta verdad,
Contar esperando
Con un crimen mas);
Le ofrece en su lecho
La seguridad;
Le sienta á su mesa,
Le sirve leal,
Y en paz recibíendole
Le deja ir en paz,
Y él cómo le paga

Tan gran lealtad?
De amor insensato
Se deja arrastrar
Por Flor con quien nunca
Unirse podrá.
¡Oh! hallar en tal caso
Gentileza tal
En tal enemigo,
Y ciego atentar
A la honra de su hija
En su alma beldad
Es ser de una infame
Vileza capaz!

IV.

Y con tales pensamientos
Batallando sin cesar,
Midiendo las consecuencias
Que aquella casualidad
Para el venidero tiempo
A su porvenir traerá,
No vé que vuelan las horas
El apenado galán.
Pegado se está en un tronco
Del soto en el valladar:
Y distraídos sus ojos
Como por oculto imán
Atraídos á los muros
Del palacio sin variar
De direccion, enclavados
En el edificio están.
La lobreguez de la noche
Que en cerrada oscuridad
Envuelve toda la tierra,
Ver no le permite ya
Mas que una masa de sombra:
Porque rauda tempestad
Por el espacio avanzando
Abogó el nocturno fanal
De la luna, que camina
De los nublados detrás.
Con ráfagas desiguales
Empieza el aire á agitar
Las ramas, que pronto el raudal

Torbellino arrancará.
Ya está encima, la veleta
De la torre casi vá
Desde el monte en que se eleva
Con las nubes á tocar.
Brilla un relámpago enorme
Y á su roja claridad
Se ilumina todo el valle
Por un instante fugáz,
Y en este mismo momento
El reló que empieza á dar
Las tres de la madrugada,
Con sus ecos de metal,
Atrayendo de las nubes
La inmensa electricidad,
Hizo la tormenta horrible
Sobre el valle rebentar.
Rasgóse el preñado vientre
Del nublado: el vendaval
Lanzóse fuera amagando
Las campiñas arrasar:
Brotó la lluvia á torrentes
Fué la tierra un cenagal
Los arroyos en un punto
Hizo en torrentes cambiar.
Y cada valle fué un lago,
Cada cuesta un manantial,
Cuyos raudales inmensos
No osa la tierra tragar
Porque no pueden sus poros
Con tan gigante caudal.
Y sus pesares don Pedro
Dándose prisa á apartar
Olvidando el mal del alma
Con la afliccion corporal
Lanzóse sobre los lomos
De su potro y con afán
Ambos á dos acicates
Aplicándole á la par
Arrancó á escape tendido
Con tanta velocidad
Que en su impetu parecia
Arrastrarle el vendaval.

(Continúa.)



Batalla de Pavía.

Este es el asunto que según la comun opinion, representa el bajo relieve cuya copia ofrecemos, sacada de uno de los pedestales de la portada de la fachada de Poniente del palacio del emperador, en la Alhambra de Granada.

Esta escultura es de un trabajo prolijo y esquisito, y no parece hecha por la mano de Morell, Leval y Vera, que fueren los escultores en las restantes obras del palacio.

Es de mármol de Carrara, como las de los otros pedestales.

Su ejecución es de los últimos años del siglo XVI.

Los que sostienen que esta escultura representa la batalla de Pavía y la prision de Francisco I, se fundan con bastante razon: en la mezcla de trajes y armaduras españolas, alemanas y francesas; en el lugar preferente que tienen los dos personajes que forman el hecho histórico; en la circunstancia de hallarse el uno á pié, vestido de simple soldado, y en actitud amenazadora, y el otro á caballo, vestido con rica armadura; y por último, en la irresolucion, tranquila majestad, y admiracion que se advierte en el personaje que se representa como el desgraciado Francisco I.